

nos da desde ahora bajo las humildes especies de una terrena sustancia, cual es el pan y el vino transubstanciados por la consagración.

Hay, pues, más que sobrados motivos para exultar y jubilar y cantar un cántico siempre nuevo, un aleluyático melisma, enlazado con el de los Coros angelicales.

\* \* \*

Y ya en pleno día, el misterio natalicio en todos sus esplendores, in splendoribus sanctitatis, en la opulenta basílica estacional de San Pedro.

Canto inicial de júbilo al contemplar al nuevo Infante, al nuevo Hijo que se nos ha dado, Hijo de Dios, Hijo de Dios como le llamarán los Evangelistas, «hijo del hombre» como El mismo se llamará en un exceso incomprensible de divina humildad.

Es, además, el «autor de nuestra divina generación», operada en cada uno en el santo bautismo. El, asimismo, el magnífico dador de la inmortalidad, hacia la cual caminan los hijos adoptivos de Dios, lo que ex Deo nati sunt.

Y San Pablo, subido de nuevo al púlpito, entona un himno al Unigénito del Padre, Primogénito entre sus muchos hermanos adoptivos. Fué esperado desde Adán, pero ahora le vemos allanado hasta nosotros. Parece haber cambiado; pero El no cambia: Tú idem Ipse es. La hipostática unión del Verbo con la humanidad no afecta a la inmutabilidad y santidad y grandeza de la esencia divina, que lo muda todo sin mudar ella misma. Es el Rey inmortal de los siglos, invisible, pero ahora visible precisamente para que al contemplar y conocer así a todo un Dios, quedemos arrobados por el amor a las cosas invisibles: Per Hunc in invisibilibus amorem rapiamur.

Y durante toda esta temporada de Navi-

dad el concierto humano, fundido con el de los Angeles y Arcángeles, Tronos y Dominaciones, y de toda la milicia del ejército celestial, que canta siempre al Cordero inmolido y a toda la beatísima Trinidad: Santo, Santo, Santo... Bendito el que nos viene... Hosanna en las alturas de los cielos, pero hosanna también en los humildes valles de nuestra mísera tierra, tan amada, sin embargo, de los míseros desterrados.

No osaríamos decir que Navidad tiene una liturgia más espléndida que otros tiempos del año. Sí, en cambio, que tiene un sello inconfundible, un regaladísimo sabor de idilio isáinico que embelesa a todos, a los grandes y a los niños: a éstos, por la dulce ilusión de los aguinaldos; a aquéllos, por la ilusión, no menos dulce, que pueden ser también niños inocentes y sencillos, pueden volverse niños los hombres grandes, pues que Dios Soberano se hace tan chico y, por lo mismo, tan amable y tan amante.

«Apareció de nuevo la filantropía de nuestro Dios», clama hoy San Pablo. Aparezca también la filantropía mutua entre los humanos, lejos de desgarrarse unos a otros en luchas fratricidas por distintas ideologías o distintos intereses materiales. Comprendan todos ya que buscando tan afanosa y ciegamente lo terrenal se pierde la felicidad de la tierra y la felicidad del cielo.

Oigan todos el pregón universal del Rey que viene para todos: Pax hominibus!!! Y no llegue su vesania a tal paroxismo que prefieran a una idílica paz el estruendo de la guerra, y en vez de bañarse placenteramente en el río caudaloso de la Pax Christi, en el reino de Cristo, hartos más profundamente y consistentemente que la paz octaviana, opten por zambullirse en arroyos de sangre fraternal y en cieno repugnante de viciada carroña.

Cuántas cosas no nos dice en su silencio de Belén ese Niño Dios en su nueva mística parusia de 1950...